

malquerencia, solicitó el cumplimiento de aquella palabra, proponiendo también para el mejor arreglo de la gobernación pública, que cada uno de ellos habitase seis meses en el palacio condal y retuviese como en garantía el castillo del puerto. Ninguna dificultad oponía el sencillo Cap d'Estopes á las exigencias de su hermano menor, alentando con tanta mansedumbre el encono y atrevimiento de aquel hasta el punto de arrancarle al año siguiente 1080, entre varias condiciones, la de guardar en rehenes diez de sus mas importantes y fieles servidores. Condescendencias tan escisivas por parte de don Ramon Berenguer no tuvieron otro resultado que acelerar su ruina.

El día 6 de diciembre de 1082 hallábase el desgraciado conde divertido en la caza de cetrería en un solitario bosque sito entre la ciudad de Gerona y las villas de San Celoni y Hostalrich, descuidado y lejos de sus gentes, cuando asaltado de improviso por multitud de malhechores fué asesinado con crueldad, sino materialmente por su hermano mismo (que de esto nunca hubo evidente certeza) al menos por hombres á su devoción y juramentados para cometer aquella felonía. Queriendo luego el fratricida encubrir su delito, ordenó á sus cómplices arrojar el cadáver á un lago de allí cercano, que á consecuencia fué llamado en adelante *Gorch* ó Lago del Conde, y retiróse por ocultos caminos, persuadido no sería posible descubrir su maldad y mucho menos el origen de ella. Confianza absurda y natural al mismo tiempo en todos los criminales, que nunca podrian lanzarse en la senda del mal sin olvidar la existencia de una Providencia eterna que, rigiendo al universo con arreglo á leyes de inmutable justicia, ni dejará sin recompensa un vaso de agua dado en su nombre, ni sin castigo un pensamiento concebido en perjuicio ajeno. Ahora veremos el sencillo instrumento descubridor del crimen, á cuya intervencion se debió sin duda su castigo, así como los heroicos hechos que llevó á cabo el conde traidor para desvanecer su maleficio.

Al tiempo de caer de su caballo el desventurado Cap d'Estopes, el azor ó halcón que llevaba en el puño levantó el vuelo y fué á posarse sobre un varal inmediato, al que desde entonces denominaron el Varal, Pértiga ó Perxa del Azor: allí colocado estuvo el animal en observacion de todo el suceso, y cuando la comitiva del asesinado Berenguer llegó buscándole alarmada por su desaparicion y viendo al pájaro en la pértiga trataron de cogerle, el ave en vez de acudir al señuelo como acostumbraba, fué dirigiéndose á vuelos cortos hasta el lago, donde empeñados en su seguimiento encontraron el cuerpo del conde su dueño. Con gran llanto le sacaron á tierra y trasladaron á Gerona para darle sepultura eclesiástica, volando siempre delante de la fúnebre comitiva el prodigioso halcón, hasta que llegados á la santa iglesia paró el ave sobre la puerta principal, donde cayó muerta de sentimiento y dolor; en memoria de cuyo hecho pusieron en aquel mismo sitio la figura de un azor de madera, que aun existia en tiempo del cronista Pujades, el cual afirma haberla visto muchas veces hasta el año 1604, en que con motivo de dar mas ensanche al templo, fué derribado el frontispicio, y de consiguiente el simulacro de halcón; si bien el nuevo arquitecto para que no se perdiese la memoria de tan milagroso acaecimiento, puso dentro del templo en el pavimento y en línea vertical del sitio donde se hallaba el azor de madera, una losa mas grande que las otras con su figura esculpida.

Para explicar la conducta del ave no creemos necesario recurrir á un milagro, pues aunque el halcón en estado natural es feroz y sanguinario, llega por medio de la ense-

ñanza, á descubrir maravillosos dotes de instinto: conoce la voz de su amo, le atiende, acude á colocarse sobre su puño, y remontado en los aires abandona la mas codiciada presa obedeciendo al silbato del halconero, trayéndole con docilidad suma la victima que acaba de vencer. Hace ya tiempo que la halconería ha perdido mucha de su importancia, pero en la época en que los soberanos compartian las tareas del gobierno con los placeres de la caza, eran muy conocidas las propiedades que ligeramente hemos descrito.

Dicho esto, para desvanecer los escrúpulos de algun *espíritu fuerte*, volvamos sin detencion á nuestro asunto principal, del que no debemos apartarnos mas.

Un grito de horror é indignacion resonó en toda Cataluña al esparcirse la noticia del horrible crimen. Hacía solo un mes que la sin ventura Mahalta, esposa del infortunado conde é hija del valiente caudillo normando Roberto Guiscard, habia dado á luz un niño, á quien se puso el mismo nombre que su padre llevaba. ¿Qué sería de la viuda desvalida y el huérfano desamparado á merced del que ya no titubeaba la voz general en designar con el epíteto de Fratricida? Sin embargo del público despecho, ¿dónde se hallaría el alentado que tomando sobre si la defensa y tutela de ambos acudiese á echar en rostro al asesino la fealdad de su delito y consiguiente incapacidad para el mando? Alguna intencion de atreverse á ejecutarlo manifestó el primero Ramon de Folch (1083), vizconde de Cardona; mas adelante (1084) vemos siguiendo su ejemplo, los Moncadas, el conde y condesa de Cerdaña, el obispo de Vich y otros barones y allegados de la casa condal, que con sus procedimientos mas ó menos rebozados, manifestaban intenciones de no dejar impune el horrible fratricidio; empero una junta celebrada misteriosamente les hizo conocer las pocas fuerzas con que contaban para tamaña empresa. Ramon Berenguer era pujante y hábil, su delito estaba muy lejos de constar con evidencia, y por otra parte, el testamento del último conde único, sometía al que sobreviviese de los dos hermanos coherederos, el gobierno de los estados que al otro pertenecieron, con más la tutela de sus hijos hasta llegar á mayor edad. Bien fuese por respeto á esta cláusula, ó lo que parece mas cierto, careciendo de medios suficientes de oposicion, creyeron los conjurados oportuno diferir sus planes de venganza é invistieron (6 de noviembre de 1085) con la guarda y tutoria del niño á su tío Berenguer, unida á la direccion de su patrimonio, aunque limitando estos cargos al plazo de once años, término preciso para que el infante huérfano alcanzase á los quince, con el derecho de calzar espuela, el de reinar como soberano.

Las afortunadas expediciones militares de Ramon Berenguer II consiguieron quizá apartar de su cabeza los rayos del Vaticano, pero solo fueron bastantes á suspender el decidido empeño de los magnates barceloneses por castigar al perpetrador de la muerte de Cap d'Estopes. Pudo servirle la importante conquista de Tarragona y su estenso campo como penitencia saludable ante la Iglesia católica, mas no para que los coligados en su daño dejaran de considerarse afrontados combatiendo bajo su bandera, y tan allá fueron con su ojeriza, que no se dieron tregua, especialmente Bernardo Guillermo de Queralt, Ramon Folch de Cardona y Arnaldo Miron, hasta retar como buenos al fratricida y obligarle, segun la ley de caballería, á presentarse en campo cerrado en la corte de Alfonso VI de Castilla, donde fué vencido y convicto de traidor y alevoso.

Entre los años de 1096 y 1097 fué cuando el deshonorado



conde tomó la única resolución compatible con el descreído en que la prueba de su crimen le ponía á los ojos de toda la cristiandad, dejando el Estado á su jóven sobrino y embarcándose para Tierra Santa, donde murió batallando en defensa de la Cruz, dando acaso con el sacrificio de su vida satisfaccion al Eterno Juez, el que no fué bastante con sus hazañas á templar el enojo de los hombres.

A pesar de que la justa critica solo puede admitir como agradables invenciones las desgracias de los siete infantes de Lara y aventuras romancescas del Cid, hemos querido mencionarlas en este relato, aunque ligeramente, considerando lo muy vulgarizadas que se hallan, las muchas leyendas y obras dramáticas á que han dado argumento y la multitud de asuntos que prestan á cada paso á las bellas artes tan floridas consejas. Hé aquí las mas notables en consonancia del asunto que vamos tratando.

Hacia el año 985 se celebraban en Búrgos las bodas del poderoso infanzon Ruy Velazquez, señor de Villaren, con doña Lambra, propietaria asimismo de gran parte de la Bureba, y prima de Garci-Fernandez, conde de Castilla. Asistían convidados á la fiesta, contribuyendo á su esplendor en gran manera, siete sobrinos del nuevo esposo, hijos de su hermana Sancha y de Gonzalo Gustios y nietos de Gustios Gonzalez, hermano de Nuño Rasura, uno de los dos primeros jueces de Castilla. Es tradicion bastante acreditada que su padre habia mandado fabricar para ellos un palacio magnifico distribuido en siete salas, de donde fué llamado Salas de los Infantes el pueblo formado á su alrededor. Para mas honrar la ceremonia les habia el conde armado caballeros por su propia mano, y nadie pensaba á la sazón sino en entregarse á la holgura y esparcimiento, cuando se oyó á deshora, primero descompuestas voces, luego como ruido de pelea, gemidos, imprecaciones, ayes y gritos femeniles, y por fin todo era confusion y desorden, y requerir las espadas, y apellidar justicia, y no entenderse ninguno, y aun hay quien asegura llegó el caso de verse menospreciada la autoridad de Garci-Fernandez. Digamos la causa de semejante turbulencia. Entre Gonzalo Gonzalez, el mas pequeño de los siete hermanos, y Alvar Sanchez, primo de doña Lambra, habia surgido una disputa con ocasion del juego de las tablas: el pariente de la desposada denostó al infante con dureza, y este sin esperar á otra cosa, le hirió de gravedad ocasionando gran sentimiento á la novia, que segun el romance:

Feríase en el su rostro,  
Con las manos arañando.

Ciega doña Lambra por la cólera, mandó á un criado arrojase al rostro del infante un cohombro teñido en sangre; afrenta la mas terrible que podia inferirse á un caballero castellano, y de naturaleza bien singular ciertamente, que vengó el ofendido dando muerte al agresor en el mismo regazo de la señora, donde corrió á guarecerse. Al verse objeto de tal desacato no tuvo limites la cólera de la rica-fembra: daba voces como una loca diciendo á su esposo:

Matáronme un cocinero  
So faldas de mi brial:  
Si de esto no me vengades  
Yo mora me iré á tornar.

Ruy Velazquez, deseando complacerla en el primer dia de casado, juró satisfacer su enojo esterminando toda la

familia del atrevido mancebo. Para esto comenzó por enviar á Córdoba á Gonzalo Gustios, bajo pretexto de reclamar del califa Hixem cierta cantidad que le tenia prometida; pero en realidad solo era portador el anciano de una misiva en que se recomendaba al rey moro mandase dar muerte al mensajero tan pronto como llegase. Respetando el musulman los fueros de la humanidad, contentóse con poner al castellano en una prision decorosa, que aun contribuian á hacer mas llevadera las visitas de la hermana del monarca, y tanto menudearon estas y tal atractivo tuvieron para la tierna señora las canas del prisionero, que olvidando todo recato, llegó con el tiempo á dar testimonio de su aficcion con el nacimiento de un agraciado infante, á quien se dió el nombre de Mudarra Gonzalez.

Entre tanto no habia estado ociosa la venganza de Ruy Velazquez, antes bien puesto de acuerdo con los moros fronterizos, armó una emboscada á los siete infantes, á consecuencia de la cual fueron estos asesinados en compañía de su ayo Nuño Salido, al atravesar sin recelo los campos de Araviana en las vertientes del Moncayo, aunque vendiendo caras sus vidas.

Pareciéndole corta al rencoroso caballero la satisfaccion que habia tomado de sus aborrecidos enemigos, quiso atormentar el alma, ya que otra cosa no podia, del único que se hallaba libre de sus tiros al abrigo de la hospitalidad árabe. Para esto remitió á Gonzalo Gustios las desfiguradas cabezas de sus hijos, á vista de las cuales hizo el infortunado padre tan sentidas lamentaciones que, movido á compasion el califa, le concedió al momento libertad para que regresase á Castilla á poner algun orden en sus negocios.

No vuelven las tradiciones á mencionar cosa ninguna de él; pero si refieren que llegado Mudarra, aquel fruto de los amores de la hermana del rey moro con el viejo encarcelado, á la edad de catorce años, le reveló su madre el noble origen de que procedia y las desdichas de su padre y hermanos, escitándole al mismo tiempo á marchar á tierra de cristianos, donde tomase satisfaccion de tantos agravios.

Así lo hizo el mancebo, retando á Ruy Velazquez de felon y asesino ante la corte de Castilla, cuyo conde le concedió campo seguro, en el cual dió muerte á su contrario, haciendo que doña Lambra fuese apedreada y quemada despues, como promovedora de todas aquellas sangrientas villanias.

Lleno de admiracion el soberano Garcia-Fernandez en vista de la prudencia y temprano arrojo que manifestó el novel campeón, dispuso fuese bautizado en el mismo dia, armándole en seguida caballero, y hasta su propia madrastra, doña Sancha, sin duda teniendo en cuenta la conservacion y esplendor del linaje de los Laras, le adoptó por hijo y heredero del señorío de su padre.

Esta es la tradicion de los Siete Infantes de Lara, tronco y origen, segun dicen, de la ilustre casa de este apellido. Veamos ahora lo que acerca de los dos retos mas célebres del Cid ha venido contándose por los romanceros posteriores, con mas finura de imaginacion que respeto á la verdad.

Rodrigo Diaz de Vivar, que por sus hazañas y valientes hechos de armas mereció despues el renombre de Cid Campeador, nació en Búrgos algunos años antes del 1060. Fué su padre Diego Lainez, descendiente de don Diego Porcelos, uno de los pobladores de la mencionada ciudad, y de Lain Calvo, juez de Castilla: su madre doña Teresa Rodriguez, hija de don Rodrigo Alvarez, conde y gobernador de Asturias.

Aun era el Cid mozo sin barba cuando el conde Lozano,



conde tomó la única resolución compatible con el descredito en que la prueba de su crimen le ponía á los ojos de toda la cristiandad, dejando el Estado á su jóven sobrino y embarcándose para Tierra Santa, donde murió batallando en defensa de la Cruz, dando acaso con el sacrificio de su vida satisfaccion al Eterno Juez, el que no fué bastante con sus hazañas á templar el enojo de los hombres.

A pesar de que la justa critica solo puede admitir como agradables invenciones las desgracias de los siete infantes de Lara y aventuras romancescas del Cid, hemos querido mencionarlas en este relato, aunque ligeramente, considerando lo muy vulgarizadas que se hallan, las muchas leyendas y obras dramáticas á que han dado argumento y la multitud de asuntos que prestan á cada paso á las bellas artes tan floridas consejas. Hé aquí las mas notables en consonancia del asunto que vamos tratando.

Hacia el año 985 se celebraban en Búrgos las bodas del poderoso infanzon Ruy Velazquez, señor de Villaren, con doña Lambra, propietaria asimismo de gran parte de la Bureba, y prima de Garci-Fernandez, conde de Castilla. Asistían convidados á la fiesta, contribuyendo á su esplendor en gran manera, siete sobrinos del nuevo esposo, hijos de su hermana Sancha y de Gonzalo Gustios y nietos de Gustios Gonzalez, hermano de Nuño Rasura, uno de los dos primeros jueces de Castilla. Es tradicion bastante acreditada que su padre habia mandado fabricar para ellos un palacio magnifico distribuido en siete salas, de donde fué llamado Salas de los Infantes el pueblo formado á su alrededor. Para mas honrar la ceremonia les habia el conde armado caballeros por su propia mano, y nadie pensaba á la sazón sino en entregarse á la holgura y esparcimiento, cuando se oyó á deshora, primero descompuestas voces, luego como ruido de pelea, gemidos, imprecaciones, ayes y gritos femeniles, y por fin todo era confusion y desorden, y requerir las espadas, y apellidar justicia, y no entenderse ninguno, y aun hay quien asegura llegó el caso de verse menospreciada la autoridad de Garci-Fernandez. Digamos la causa de semejante turbulencia. Entre Gonzalo Gonzalez, el mas pequeño de los siete hermanos, y Alvar Sanchez, primo de doña Lambra, habia surgido una disputa con ocasion del juego de las tablas: el pariente de la desposada denostó al infante con dureza, y este sin esperar á otra cosa, le hirió de gravedad ocasionando gran sentimiento á la novia, que segun el romance:

Feríase en el su rostro,  
Con las manos arañando.

Ciega doña Lambra por la cólera, mandó á un criado arrojarse al rostro del infante un cohombro teñido en sangre; afrenta la mas terrible que podia inferirse á un caballero castellano, y de naturaleza bien singular ciertamente, que vengó el ofendido dando muerte al agresor en el mismo regazo de la señora, donde corrió á guarecerse. Al verse objeto de tal desacato no tuvo limites la cólera de la rica-fembra: daba voces como una loca diciendo á su esposo:

Matáronme un cocinero  
So faldas de mi brial:  
Si de esto no me vengades  
Yo mora me iré á tornar.

Ruy Velazquez, deseando complacerla en el primer dia de casado, juró satisfacer su enojo esterminando toda la

familia del atrevido mancebo. Para esto comenzó por enviar á Córdoba á Gonzalo Gustios, bajo pretexto de reclamar del califa Hixem cierta cantidad que le tenia prometida; pero en realidad solo era portador el anciano de una misiva en que se recomendaba al rey moro mandase dar muerte al mensajero tan pronto como llegase. Respetando el musulman los fueros de la humanidad, contentóse con poner al castellano en una prision decorosa, que aun contribuian á hacer mas llevadera las visitas de la hermana del monarca, y tanto menudearon estas y tal atractivo tuvieron para la tierna señora las canas del prisionero, que olvidando todo recato, llegó con el tiempo á dar testimonio de su aficcion con el nacimiento de un agraciado infante, á quien se dió el nombre de Mudarra Gonzalez.

Entre tanto no habia estado ociosa la venganza de Ruy Velazquez, antes bien puesto de acuerdo con los moros fronterizos, armó una emboscada á los siete infantes, á consecuencia de la cual fueron estos asesinados en compañía de su ayo Nuño Salido, al atravesar sin recelo los campos de Araviana en las vertientes del Moncayo, aunque vendiendo caras sus vidas.

Pareciéndole corta al rencoroso caballero la satisfaccion que habia tomado de sus aborrecidos enemigos, quiso atormentar el alma, ya que otra cosa no podia, del único que se hallaba libre de sus tiros al abrigo de la hospitalidad árabe. Para esto remitió á Gonzalo Gustios las desfiguradas cabezas de sus hijos, á vista de las cuales hizo el infortunado padre tan sentidas lamentaciones que, movido á compasion el califa, le concedió al momento libertad para que regresase á Castilla á poner algun orden en sus negocios.

No vuelven las tradiciones á mencionar cosa ninguna de él; pero si refieren que llegado Mudarra, aquel fruto de los amores de la hermana del rey moro con el viejo encarcelado, á la edad de catorce años, le reveló su madre el noble origen de que procedia y las desdichas de su padre y hermanos, escitándole al mismo tiempo á marchar á tierra de cristianos, donde tomase satisfaccion de tantos agravios.

Así lo hizo el mancebo, retando á Ruy Velazquez de felon y asesino ante la corte de Castilla, cuyo conde le concedió campo seguro, en el cual dió muerte á su contrario, haciendo que doña Lambra fuese apedreada y quemada despues, como promovedora de todas aquellas sangrientas villanias.

Lleno de admiracion el soberano Garcia-Fernandez en vista de la prudencia y temprano arrojo que manifestó el novel campeón, dispuso fuese bautizado en el mismo dia, armándole en seguida caballero, y hasta su propia madrastra, doña Sancha, sin duda teniendo en cuenta la conservacion y esplendor del linaje de los Laras, le adoptó por hijo y heredero del señorío de su padre.

Esta es la tradicion de los Siete Infantes de Lara, tronco y origen, segun dicen, de la ilustre casa de este apellido. Veamos ahora lo que acerca de los dos retos mas célebres del Cid ha venido contándose por los romanceros posteriores, con mas finura de imaginacion que respeto á la verdad.

Rodrigo Diaz de Vivar, que por sus hazañas y valientes hechos de armas mereció despues el renombre de Cid Campeador, nació en Búrgos algunos años antes del 1060. Fué su padre Diego Lainez, descendiente de don Diego Porcelos, uno de los pobladores de la mencionada ciudad, y de Lain Calvo, juez de Castilla: su madre doña Teresa Rodriguez, hija de don Rodrigo Alvarez, conde y gobernador de Asturias.

Aun era el Cid mozo sin barba cuando el conde Lozano,



poderoso señor en las montañas, hirió con una bofetada el rostro de su padre. Viéndose el viejo sin fuerzas para satisfacer su agravio, por ser el ofensor robusto y aguerrido, ni comía, ni dormía, ni hablaba con las gentes temiendo comunicarles su infamia con el aliento. Estando pues, combatiendo contra su honor atropellado que, mal avenido con la flaqueza de las canas, culpaba al corazón su falta de brio, quiso hacer experiencia del valor de sus hijos, sin decirles palabra de lo ocurrido, por si tal vez podía vislumbrar en alguno de ellos remedio á su padecer. Para esto fué llamándolos uno á uno, y tomándoles la mano se la apretaba de manera que movidos por el dolor y contenidos por el respeto, solo decían revolviéndose: «Padre y señor, basta: ¿qué pretendes? suéltanos ya, que nos matas.» Casi perdida la esperanza llegóse el anciano á Rodrigo, que apenas sintió oprimirse de aquel modo, encarnizados los ojos y pateando el suelo de rabia, exclamó enfurecido:

Soltédes, padre, en mal hora,  
Soltédes, en hora mala,  
Que á no ser padre, no hiciera  
Satisfacción de palabras;  
Antes con la mano mesma  
Vos sacara las entrañas,  
Faciendo lugar el dedo  
En vez de puñal ó daga.

Llorando de gozo el viejo abrazó al animoso doncel y refiriéndole su cuita le dijo por último, que de él solo esperaba recobrar su honor, descolgando en seguida la espada del castellano Mudarra, que le dió acompañada de su bendición, retirándose á esperar las resultas de aquel triste suceso.

Solo ya el casi niño campeón, así razonaba con su acero antes de osar ceñirle á su cintura.

Faz cuenta, valiente espada,  
Que es de Mudarra mi brazo,  
Y que con su brazo riñes  
Porque suyo es el agravio.  
Bien sé que te correrás  
De verte así en la mi mano,  
Mas no te podrás correr  
De volver atrás un paso.

Vamos al campo, que es hora  
De dar al conde Lozano  
El castigo que merece  
Tan infame lengua y mano.

Partió alentado á retar al conde, le denostó ágramente y al fin

Dióle la muerte y vengóse,  
La cabeza le cortó,  
Y con ella ante su padre  
Contento se afinojó.

Muchos años después tomada Valencia por el Cid, hallábase en esta ciudad una siesta reposando con la mejilla apoyada en el revés de la mano, y recostado en un precioso escaño que perteneció al rey moro que fué de aquella tierra. Guardábanle el sueño sus dos yernos los condes de Carrión y su sobrino Bermudo, cuando oyéronse de improviso unas voces que atronaban el palacio, y á poco entró gran muchedumbre huyendo de un poderoso león que por

descuido dejaron escapar de la jaula. No se turbó don Bermudo, antes bien, desnudando el estoque salió á atajar el paso de la fiera; pero los dos condes hermanos uno se agazapó tras de la silla de don Rodrigo y el otro corrió á ocultarse en una etrina. Despertóse el Cid y dando una gran voz infundió en la bestia tal cobardía que vino humilde y coleante á lamer los pies del Campeador: agradeciéndole éste los cariños y echándola al cuello los brazos llevola de la melena á la leonera haciéndola mil halagos. Vuelto, pues, á la sala preguntó por sus dos yernos, adivinando su cobardía, y cuando puesta en evidencia los tuvo ante sí, apostrofó su proceder de la siguiente manera:

Non quisiera, yernos míos,  
Haber visto tal guisado,  
Que deste tan mal suceso  
Magüer cuido algun gran daño.

Pedisteis al rey mis fijas  
Cuidando de valer algo;  
Non fice mi voluntad,  
Mas fice en él su mandado.  
¿Vosotros sodes los novios  
Para mi vejez guardados?  
Buena vejez me daredes  
Siendo tan afeminados.

Non quiero pasar de aquí,  
Que si miro lo pasado  
Reviento de pesadumbre  
Considerando este caso.

Resentidos Diego y Fernando, que tales eran sus nombres, de palabras tan ofensivas, determinaron demandar á Rodrigo sus mujeres, bajo pretexto de volverse con ellas á su tierra. Otorgóles el Cid la petición, pero receloso de alguna maldad les recomendó las tratasen como quien eran, so pena de su indignación, y salió acompañándoles por espacio de una legua, encargando á Ordoño, sobrino suyo, fuese caminando disimulado en observación de los viajeros, mediante á pronosticarle el corazón algun mal suceso. No quedaron vanos sus temores, pues al llegar á unos robledales cerca de Tormes mandaron los fementidos condes adelantar á sus gentes y haciendo apeaar de las mulas en que iban á doña Elvira y doña Sol, que así se llamaban ambas hermanas, después de haberlas desnudado las arrastraron por los cabellos azotándolas con las espuelas hasta bañarlas en sangre, y atándolas á los robles del monte, se incorporaron á sus servidores diciendo al ser preguntados por las señoras que no cuidasen de ellas, pues quedaban á buen recaudo.

Mientras tanto las hijas del Cid, abandonadas en sitio donde rara vez criatura humana estampaba su huella, daban gritos pidiendo al cielo justicia de la sinrazón cometida en contra suya, más apenadas del menosprecio y afrenta que del escorzo de las heridas. Atraído por sus lamentos, fué acercando un pastor al paraje donde se hallaban, y viéndole mudo de pavor sin osar adelantarse á presencia de dos mujeres desnudas y sujetas á sendos árboles, trataban de tranquilizarle y escitar su compasión con súplicas las más tiernas y ardientes.

Por Dios te rogamus, home,  
Que hayas de nos compasion,  
Así tu ganado vaya  
Siempre de bien en mejor.



Nunca le falten las aguas  
En el estío y calor,  
Las yerbas no se le sequen  
Con la helada y con el sol.  
Tus tiernos fíjuelos veas  
Criados en bendición,  
Y peines tus blancas canas  
Sin dolencia y sin lesión;  
Que desates nuestras manos  
Pues que las tuyas no son  
Como las que nos ataron  
De malicia y de traición

A estas palabras llegó su primo don Ordoño en hábito de romero, desatolas llorando, cubriólas con su capa, y dejándolas espacio para vestirse, fué á prepararlas alojamiento á casa de un labrador de las cercanías donde el Cid se había aposentado en varias ocasiones, y entre cuya honrada familia hallaron reposo y comodidad hasta poder encaminarse á Valencia en busca del amparo paternal.

Sabedor Rodrigo de la terrible afrenta, juró por su barba tomar una satisfacción tan completa como demandaba la gloria de su nombre y despachó mensajeros al rey solicitando licencia de presentarse en Toledo á reclamar justicia en persona contra los condes de Carrion y don Suero su tío, autor con su consejo de aquella alevosía. Tres meses señaló Alfonso de plazo á uno y otros para comparecer ante los grandes y ricos-homes reunidos en córtes, que había convocado queriendo tomar acuerdo conveniente en asunto de tanta gravedad. Antes de finalizar el término vinieron todos al llamamiento, y empezando por nombrar seis alcaldes de la casa y consejo real, que juraron por los Evangelios cuidar de ambas partes sin pasión ni miedo, levantóse el Cid, y dió principio á su demanda pidiendo lo primero le fuesen restituidas sus dos espadas Tizona y Colada, cedidas antes á sus yernos, en la actualidad indignos de llevarlas. Los jueces mandaron se le devolviesen sin detención. Reclamó en seguida dos mil marcos en dinero y todas las joyas que entregó como dote de sus hijas. También los juzgadores condenaron á los condes á pagar en el acto. Por último, convulsiva la palabra y amarillo el rostro por la cólera, retó Rui Díaz de Vivar á los fementidos verdugos de sus propias esposas y al ruin su tío que les había inducido á serlo. El rey terminó la audiencia condenando á los retados á lidiar conforme á la ley del duelo con tres escuderos que nombraría el Cid por su parte, declarándose mejor derecho el de los que mejor lidiasen: los condes pidieron plazo para prepararse y á fuerza de muchos ruegos les fué concedido.

Pero habiendo transcurrido los días prescritos sin acudir estos, determinó el rey ir á buscarlos á sus tierras acompañado de su corte, en la que iban los seis jueces y los tres campeones del Cid. Cerca de Carrion llegaron, y en su vega levantaron tiendas, donde acudieron los infantes con grande acompañamiento, determinados á quitar la vida á los partidarios de Rui Díaz de cualquier manera que fuese; mas Alfonso conociendo sus malas artes, publicó un pregon anunciando que quien hiciese algun desaguisado á los del Cid perdería por ello la cabeza y los bienes: entonces trataron de eludir la batalla con fútiles pretextos, que los jueces desecharon, contestándoles que lugar tuvieron en Toledo de presentar las reclamaciones que allí ya no eran procedentes.

Va no tuvieron otro remedio que apercibirse á la lid que tanto temían. Partiéronse el campo un rey de armas y se

colocaron de tres en tres recogidas las riendas y apercibidas las lanzas.

Contra el conde don Fernando  
Que á la victoria se aplica,  
Martin Antolinez fué  
Fuego echando por la vista.  
Don Diego, el otro hermano  
Que encendió la horrible cisma,  
Le cupo á Pedro Bermudez  
Para la batalla esquivar.  
Nuño Bustos de Lincuello  
Ardiendo en honrosa ira  
Se opuso con Suer-Gonzalez,  
Autor de la alevosía.

Diremos sin mas digresion que los traidores fueron vencidos y sus vencedores recorrieron el campo gritando si había mas que hacer ó mas traidores que rendir: respondióle que no, y que la victoria era suya. Con esto los jueces declararon á los condes reos de traición é infamia, y de consiguiente fuera del órden de caballería.

Así concluyó la célebre aventura de las hijas del Cid, que casaron luego, doña Elvira, la mayor, con el hijo del rey de Navarra, y doña Sol con don Sancho, heredero de Aragon.

DIONISIO CHAULIÉ.

(La conclusion en el número inmediato.)

## PASEOS POR EL ANTIGUO PARIS.

### LA CALLE BRISE-MICHE.

Podría escribirse una historia de Paris solamente con los nombres de sus calles. La etimología de estas, encontrada por los trabajos de los eruditos, bastaría para reconstruir el conjunto de las tradiciones, costumbres y usos de la antigua ciudad. Empresa es esta original y curiosa, capaz de estimular á esos ingeniosos arqueólogos que se ocupan en recoger por todas partes los residuos de los antiguos tiempos en el polvo levantado por la piqueta de los demolidores. Solo en corta estension se ha ensayado semejante empresa, y quizá la acometamos algun día, si Dios nos concede vida y no nos falta el tiempo necesario para una tarea tan penosa.

Verdad es que nuestros *ediles* se cuidan en disminuir cada día las dificultades de ese trabajo, y que debemos darnos prisa si queremos que nos quede algo que hacer. ¡Cuántas de esas calles góticas cuyo nombre recordaba y resumía la historia, y escribía, por decirlo así, capítulo por capítulo los mas escrupulosos anales de Paris, no han desaparecido hasta la última piedra trasportada en el carro de los Limosinos! ¡Sobre cuántas otras en el instante en que escribo estas líneas no está ya suspendida la piqueta de Damócles! ¡Qué quedará cuando llegue á terminarse la colosal obra de las mejoras de Paris, si es que tenemos la dicha de verla concluida!

Nada contrista mas el corazón de un arqueólogo que el poco respeto tenido por la generación presente, no solo á esas antiguas calles, sino á todos esos antiguos nombres tan pintorescos, tan instructivos y tan curiosos. Como ya



no se les comprende, se cree generalmente que carecen de sentido; y mientras llega la hora de la desaparición de las calles, de buena gana se borrarían sus nombres para sustituirlos por otros tomados de las *Victorias y conquistas* ó de la *Biografía de los hombres célebres*. Me complazco ciertamente en que á nuestras vías públicas se pongan denominaciones como la de la calle de Scribe, avenida de Saint-Arnaud y bulevar de Sebastopol; pero tales denominaciones son, por decirlo así, extrañas á la ciudad misma, y nada nos enseñan acerca de su historia.

Recientemente ha habido un periodista que ha propues-

to dar á cada barrio de París el nombre de una provincia, y en cada uno de estos barrios dar á cada calle el nombre de una ciudad, de un monte ó de una corriente de agua, de modo que resultase de la capital una especie de gran cuadro mnemotécnico de toda Francia. Entonces no sería necesario sino pasearse por París para aprender la geografía, y los cocheros simones serían por precisión los mas entendidos de todos los ciudadanos franceses en esta ciencia, sin haber tenido que pasar por la escuela primaria. Este excelente proyecto es digno de un ingeniero de puentes y caminos, y tiene además toda la poesía de un teorema matemá-



Calle Brise Miche.—Dibujo de F. Thorigny.

tico. Pero no es nuevo. Enrique IV y Luis XIV pensaron una cosa análoga, y compréndese en especial respecto á este último soberano, quien en todas sus ideas guardaba la regularidad y la corrección clásicas. A él se deben esas calles de Turena, de Bretaña, de Normandía y de Saitonge, abiertas en el nuevo barrio del Marais, las cuales todas debían venir á parar alrededor de una plaza de Francia que se quedó en el papel. Mas á lo menos el gran rey no quitó los nombres á las antiguas calles para hacerlas entrar en aquella nomenclatura geográfica.

No se necesitaria mucho para quitarle á nuestro pobre

París todo lo que aun le queda de los gratos recuerdos de los tiempos pasados. Por esta razón quiero atenerme por mi parte, y no obstante su trivialidad poco académica, á los nombres significativos de las calles Tirachape, Vide-Gousset, Mauconseil, Mauvais-Garçons, Grande-Truanderie, Jean-Pain-Mollet, de los Judios, de las Lavanderas, de los Francos, de la Mujer sin cabeza, de la Antigua Estrapada, y otros muchos que presentando á veces á mi curiosidad el atractivo de un pequeño enigma, me recuerdan anécdotas, rasgos de costumbres, usos y particularidades de toda especie.



La calle Brise-Miche, que es la que me ha inspirado las anteriores reflexiones, tiene cabalmente uno de esos nombres pintorescos y expresivos que escitan al punto el ánimo del arqueólogo. Es una callejuela, ó mas bien una travesía que sale de la estremidad izquierda de la iglesia de San Merry, y se prolonga como cincuenta pasos paralelamente á la calle de San Martin. En su parte mas ancha y mas lucida está llena de tenduchos de zapateros, carboneros y fruteros, entre los cuales brilla como un sol la puerta arqueada de un meson que tiene el pomposo nombre de hotel. Lo demás de la calle es una estrechura de cuatro pies de ancho por donde dos personas no pueden pasar defrente sin rozarse con los codos, encerrada entre dos altas paredes desnudas y tristes como las de una prision, y de las que está desplomándose la galeria saliente de un primer piso.

Estoy seguro de que muchísimos parisienses ignoran por completo la existencia de la calle Brise-Miche, y sobre todo puede apostarse que nunca la han visitado los ingleses ni las personas de las provincias que diariamente pasan á millares por la calle de Rivoli, que está á dos pasos de allí. Por la parte de la iglesia apenas se distingue el hueco de la calle obstruido en medio por un poste; y mientras las prolongadas indagaciones que debí hacer antes de descubrirla, inútilmente pregunté á un municipal y á un cochero simon, quienes no pudieron complacerme. ¿No es el último grado de humillacion para una calle de Paris el ser desconocida hasta de los municipales y de los cocheros simones?

La calle Brise-Miche era en otro tiempo un callejon sin salida, dependiente de la calle Taillepain (en un principio calle Baille-Heu ó Baille-Hoé), cuyo nombre llevaba. En el siglo XIV fué prolongada y abierta por la parte del claustro de San Merry, y en 1420 comenzó á dársele al trozo nuevamente abierto la denominacion de calle Brise-Miche (rompe-bollo). Esta palabra contiene en sí al parecer su propia significacion, especialmente si se la pone junto á la de la calle Taillepain (corta-pan). Pero cuando se hace un examen detenido, aquella etimologia presenta dificultades que en la actualidad no pueden vencerse por completo.

Dejemos primeramente á un lado la aplicacion de Sauvay, quien opina que «ese nombre podia venir de algun antecesor de Estéban Brisemiché, párroco de Bezon,» el cual falleció en 1515. Esto nos parece tomado por los cabellos y de muy sospechosa verosimilitud. Mas sencillo seria atribuirlo á los panaderos que la habitaban, y esta hipótesis se halla ámpliamente confirmada por la inmediata cercanía de la calle Taillepain, que durante mucho tiempo formó cuerpo con ella, y por el de la calle Saint-Honoré, puesta bajo la advocacion del patrono de la panadería. Jaillot ha formado en sus *Investigaciones acerca de Paris* otra conjetura mas exacta, y que, por decirlo así, no es sino una aplicacion particular de la anterior:

«Creo, dice en su estilo poco académico, que los nombres Taillepain y Brise-Miche inducirian naturalmente á pensar que fueron dados al paraje donde se verificaban la division y distribucion de los panes de *capitula* que, segun costumbre, se daban á los canónigos de la colegiata de San Merry.»

¿Trátase aqui de una distribucion solemne que caia en ciertas fechas fijas? La última hipótesis es la mas probable. Estas distribuciones de comestibles figuraban mucho en la historia de las hermandades y comunidades religiosas de los tiempos pasados. Eran un negocio formal, regulado por estatutos hasta en sus pormenores, impuesto á unos como un censo, concedido á otros como una recompensa y sala-

rio, y practicado por todos con perfecta gravedad en aquellos siglos sencillos. Así, pues, todos los años durante la procesion de Nuestra Señora hasta la iglesia de San Lázaro, la cual tenia lugar uno de los domingos despues de Pascua, los canónigos almorzaban en orden de procesion delante de la puerta principal de la iglesia. En ciertas épocas daba el arzobispo de Paris una comida al cabildo, y en las cuatro grandes festividades distribuía panes y medidas de vino á sus capellanes y clérigos de coro. El día de Santa Genoveva y la víspera de la Ascension, los canónigos de esta colegiata tenian obligacion de dar de almorzar tanto al cabildo como á los niños de coro, cantores y demás empleados subalternos de Nuestra Señora, que iban en procesion á su iglesia. Muchos particulares habian fundado en su última voluntad algunos almuerzos para siempre, en los que los pastelitos formaban la base invariable en favor de todos los niños de coro presentes á su aniversario. Por las investigaciones del abate Lebeuf sabemos tambien que en San Merry, despues del oficio nocturno de las festividades de estio, era costumbre entre los sacerdotes beber en comun un sestario de vino, y que el canónigo-párroco, el cual tenia casi toda la cera de las ofrendas (objeto de debates, cuestiones y reglamentos minuciosos en las mas de las parroquias), estaba obligado á distribuirles cera despues de aquel oficio.

Es por consiguiente probable que la costumbre á que Jaillot hace alusion esté comprendida en la misma categoria, y que en ella sea donde definitivamente deba buscarse el origen del nombre de la calle Brise-Miche.

V. FOURNEL.

## EL PADRE NUESTRO.

### I.

A corta distancia de San Sebastian se ve una pintoresca casa, cuya sencilla fachada revela que aquel edificio pertenece á una persona modesta.

En el salon principal de este delicioso albergue, no se encuentra la esplendidez ni el hacinamiento de esos objetos de lujo que embellecen las habitaciones de las grandes capitales; pero en cambio se observa la sencillez y el buen gusto de la persona que habita esta residencia.

Magdalena, la nodriza de Carlos Dentella, dueño de esta preciosa finca, está en el salon sacudiendo los muebles y abriendo las ventanas que dan vista al gran golfo de Vizcaya, cuyas olas, que han tomado el color verde-oscuro que les imprime la lobreguez del firmamento, demuestran que el temporal se aproxima.

—¿Y Carlos, no viene? dice Magdalena mirando al mar. La noche avanza, y no se ve una estrella. ¡Quiérase Dios que Carlos esté de vuelta antes que arrecie la tempestad! ¿Le habrá detenido algun enfermo de cuidado, ó habrá dado algun rodeo para no pasar por delante de la casa de su hermano?

Y se fijaba en otra casa situada á un kilómetro del paraje desde el cual observaba

—No hay mas que media hora escasa de camino, y dos corazones que han nacido para amarse, los separa un antiguo y fatal resentimiento. Pero Dios es misericordioso, proseguia la anciana, y hará el milagro que yo le pido.



Y apartándose de la ventana, continuó arreglando el mobiliario de la sala, para que su amo lo encontrase todo á su llegada con el órden que quería. Puso un sillón grande cerca de la mesa donde la cena esperaba al doctor. En este momento entró Pedro, hombre de unos sesenta años, de elevada estatura y ademanes toscos; pero en cuyo semblante se revelaban la franqueza y la lealtad del corazón.

—Buenos días, Magdalena, dijo al entrar.

Magdalena se volvió bruscamente y exclamó un tanto sorprendida:

—¡Pedro!... creí que era el amo... ¿Pero cómo se atreve usted á venir? ¿Ignora vd. que el doctor no quiere ver aquí á ningún individuo de la otra casa?

—¿Qué quiere vd., Magdalena? No es culpa mía que los hermanos estén regañados, ni que yo sepa la causa. ¿Qué me importa lo que su hermano Fernando haya hecho?

—Todo aquello que le trae á la memoria los errores de su hermano le mortifica.

—¡Los errores!... Cuando uno quiere á la gente, no se acuerda de nada. Yo quiero á los dos hermanos como si fuesen hijos míos, porque los he visto nacer y crecer. Me cuido poco de saber por parte de quién están los errores.

—Lo que vd. piensa, es lo que piensa un buen cristiano, respondió Magdalena; pero yo conozco bien á mi amo, y estoy segura de que si ha reñido con su hermano ha de haber tenido razones muy poderosas para ello.

—¿Vd. no sabe nada? preguntó Pedro bruscamente.

—Absolutamente nada... Pero se detiene vd. aquí demasiado, y si el doctor entra, me reñirá por haberle recibido.

—¿Quién sabe? dijo Pedro encogiéndose de hombros.

—¿Cómo que quién sabe? repitió la anciana.

—¡Cáspita!... Don Carlos no es tan severo como á vd. se le figura; yo también le conozco algo, y puede ser que yo le diga cosas que le obliguen á cambiar de conducta.

—Lo dudo... No escuchará nada. Cuando don Fernando ha solicitado verle, y lo ha hecho mas de veinte veces, mi amo no ha respondido. Yo esperaba que el nacimiento de su sobrina Carlota fuese un motivo de reconciliación... pues ni siquiera ha querido saber cómo se llama la niña.

—¡Qué desgracia! exclamó Pedro dando una patada sobre el pavimento.

—Es muy grande su rencor.

A este tiempo se oyen algunos truenos lejanos, y la nodriza exclamó asustada:

—¡Ya comenzó la tormenta, y el amo no llega!

Pero no habi terminado la última frase, cuando penetró en la sala don Carlos Dentella, hácia el cual se dirigió presurosa Magdalena para quitarle la capa.

## II.

El aspecto de Carlos es severo; su gravedad y la melancolía que dejaba ver impresa en su semblante, no decían que contaba solo treinta y seis años de edad.

—Buenas noches, don Carlos, dijo Pedro sonriendo.

Carlos al verle frunció el entrecejo, y dirigiéndose con desagrado á Magdalena dijo:

—¿No te he repetido mil veces, que no quiero ver en mi casa á ninguna persona que pertenezca á la de mi hermano?

—La culpa es mía, señor, interrumpió Pedro. Magdalena me lo ha dicho, pero yo creí que esta prohibición no tenía nada que ver con Pedro.

—Lo mismo contigo que con los demás, exclamó Carlos con enojo.

—Entonces... me retiro, respondió tristemente Pedro.

—¡Vete! gritó Carlos.

Pedro, algo conmovido, se dispuso á salir, y contestó medio llorando:

—Es triste que un viejo que le ha mecido en la cuna, que ha jugado con vd., no pueda de vez en cuando venir á saber el estado de su salud.

—Será lo que tú quieras... pero ya ves que estoy bueno; y si eso era lo que querías saber, ya puedes irte.

Pedro inclinó la cabeza humildemente, y dijo al retirarse:

—Buenas noches, don Carlos... No riña vd. á Magdalena.

—Está muy bien.

Pedro salía por la puerta de la sala; Carlos se vuelve y exclama:

—¡Pedro!

—¡Señor! dijo Pedro deteniéndose.

—Ven acá.

Pedro retrocedió; y Carlos, tendiéndole su mano, le dijo:

—Vamos, amigo mío, no me odies y dame tu mano.

Pedro se la besó, y Carlos prosiguió:

—Ahora... Adios.

—Adios, exclamó Pedro llorando, y se ausentó.

## III.

—Señor, dijo Magdalena: ha estado vd. muy duro con el viejo Pedro,

Carlos, que se enjugaba una lágrima ocultando el rostro, contestó bruscamente á la anciana:

—Cállate tú también, y déjame en paz.

—Ríñame vd. todo lo que quiera; yo no me enfado por eso... yo sé que vd. es bueno en el fondo.

—¡¡Yo no soy bueno!!! gritó Carlos.

—He dicho en el fondo...

—Yo no soy bueno en el fondo!

—Pues será vd. malo...

—¡Yo no soy malo!!

—Pues entonces es vd. mediano... ó lo que vd. quiera... ¿Quiere vd. otra ropa?

—No; todavía no llueve. Dame de cenar.

—Al momento.

Carlos se sentó, y Magdalena levantó la tapa de la sopera y arrimó los platos y el cubierto.

—¿De dónde viene vd.? preguntó Magdalena procurando distraer á su amo.

—De casa de Ramon, el guarda-bosque.

—¿Y cómo va su mujer?

—Saldrá de peligro si se tiene con ella cuidados inteligentes; yo le he dejado algun dinero... el que llevaba... pero es menester desconfiar mucho de estas gentes del campo. Llegué á tiempo... No ha tomado esa pobre mujer un caldo... una mujer que hace tres dias se hallaba á las puertas de la muerte.

De repente interrumpe su discurso, y mirando á Magdalena exclama:

—¿Sabes que eres una excelente cocinera?

—¿Vd. se quiere burlar? responde Magdalena.

—¡No, á fé mía!... Esta es una sopa bien hecha, y... si...

—Prosiga vd.

—Creo que me has comprendido. Mañana temprano me



pones un puchero de este caldo en un canasto, y yo lo llevaré debajo de la capa...

—¿Y no quiere vd. que le diga que es vd. muy bueno?

—Amor propio de médico. He curado á la mujer de Ramon de una fluxion de pecho, y no quiero que muera de una indigestion. ¿No ha venido nadie durante mi ausencia?

—El pobre Andrés; el cura de...

—Ya sé.

—Venía á dar á vd. gracias por lo que vd. le ha enviado...

—Bueno, bueno... ¿No ha dicho nada mas?

—Que si vd. pusiera una vez cada semana los piés en la iglesia, que no conocería en el mundo un cristiano como usted.

Cárlos dejó de comer un momento, y bajando la cabeza con aspecto sombrío exclamó:

—¡La iglesia!... Es verdad. Yo no rezo, yo no me postro ya delante de Dios, desde...

—¿Desde cuándo?... preguntó Magdalena.



Fernando, Cecilia y Carlota sorprendidos por la tormenta.

—¿Desde que Dios me hirió cruelmente!

Después de esta frase, hubo por parte de los interlocutores un prolongado silencio, hasta que Magdalena le rompió con las siguientes palabras:

—Pero sin vd., muchos pobres morirían de hambre.

—¡Gran mérito! exclamó Cárlos alzando la frente; soy rico y no tengo necesidades. ¿Para qué quiero yo mis riquezas? Además, los pobres, ¿no son mi familia?

—Pero... ¡Vd. tiene otra familia!

Cárlos arrojó la servilleta sobre la mesa, se levantó bruscamente y respondió encolerizado:

—¡Silencio!... ¡calla!

—Perdon, señorito; yo prometo no hablar mas de esto.

—Tiempo es de que sepas el motivo del rencor que sustentaba mi hermano.

—Yo no he preguntado nada.

—Pero yo quiero que lo sepas todo, aun cuando no sea mas que para evitarme en lo futuro reconvenções indi-



rectas. Ya sabes que, huérfanos desde la edad mas temprana, fuimos educados Fernando y yo en una posesion cerca de Marquina, por un primo lejano de nuestra madre, que era al mismo tiempo nuestro tutor. Tú sabes que don Santiago Contreras, que este era su nombre, tenia una hija, Cecilia. No quiero hacerte su retrato, porque la conoces. Te diré solamente, que viviendo á su lado, no tardé en declarararle mi viva pasion, y un dia, yo tenia veinte años, y ella catorce, pedi gravemente su mano á su padre. Don Santiago rió, y me dijo que éramos muy jóvenes para pensar en casamientos; que por lo demás, el proyecto no le desagradaba, y que si despues de terminados mis estudios permanecia en las mismas ideas, daria gustoso su consentimiento. Esta respuesta me colmó de felicidad; abracé á mi tutor como á un segundo padre, y parti inmediatamente para Madrid con el objeto de concluir mi carrera y acercar de este modo el instante de mi felicidad. Trabajé con ardor; yo queria ser médico; es la profesion mas noble que yo conozco. Por espacio de tres años, cada carta que recibia del pais venian á confirmar mis queridas esperanzas, cuando un rayo destruyó de pronto este frágil edificio. Don Santiago Contreras murio de una apoplegia fulminante. Quise acudir, pero Fernando me escribió que Cecilia estaba resignada con su afliccion, y que una hermana de su padre habia venido para vivir á su lado. Yo me disponia para entrar en exámen; permaneci en Madrid, y luego pasé á mi pais en el momento que se dieron vacaciones. Hacia tres años que no habia visto á Cecilia; y la encontré mas bella que nunca; era una mujer con todos los encantos de la mujer; pero al mismo tiempo me pareció que la encontraba triste. Yo jamás le habia hablado de mi conversacion con su padre; pero ella lo sabia todo, y me constaba que ella no se habia dado por ofendida. Al ver su tristeza, me pareció prudente no hablarla de mis proyectos; pero cuando concluyó el período de las vacaciones: «Adios, amigos míos, les dije; todavia tengo que vivir un año lejos de vosotros; pero un año pasa pronto; yo volveré para no separarme jamás.»

—¡Pobre Carlos! interrumpió Magdalena.

—Aguarda, prosiguió el doctor. Volví á emprender mis tareas. Sin embargo, las cartas de Magdalena eran cada vez mas raras, y el tono con que estaban escritas revelaba un misterio. En lugar de alegrarme, como en otras ocasiones, producian en mi espíritu un malestar inexplicable. En fin, sonó la hora de la emancipacion; corrí al pueblo con mi diploma de doctor en el bolsillo, y tomé el camino de la áspera montaña que me habia visto nacer. ¡Ay! qué acogida tan triste me esperaba!

Llego con el corazón rebosando de alegría y con los brazos abiertos. ¿Dónde esta mi hermano? ¿dónde está Cecilia? Los criados de la casa me observan con ojos de espantado. «¿Cómo, me dice uno de ellos, el señorito no sabe que don Fernando y doña Cecilia hace un mes que han salido para París?—¡A París! ¡Casados tal vez!—Si señor,» me respondieron. He aquí el secreto que yo habia entrevisto sin adivinarlo. ¡Me han engañado!... ¡ellos!... Yo debí morir... Huí de aquella casa, y me situé en esta que formaba parte de mi herencia paterna. Cai en cama con fiebre, y sin tus buenos cuidados, querida Magdalena, yo dormiría á estas horas en el cementerio de San Sebastian. Cuando convalecí supe que Fernando estaba de regreso con su mujer... ¡su mujer!... y que habia pedido permiso para hablarme. Yo me negué.

—Acaso tendrá alguna disculpa que dar.

—¡Disculpa!... El amor acaso. ¿Entonces por qué no habérmelo confesado francamente? ¿Por que me dejó soñar tanto

tiempo? No, no hay disculpa posible. Sin embargo, me curé y me pregunté lo que hacer debería. Dejar el pais donde á cada paso tropezaria con un recuerdo. No me sentí con fuerzas suficientes para hacerlo, y busqué el olvido en el trabajo. Yo era médico, y me hice médico de los pobres. Tú sabes lo demás; dime ahora si encuentras en tu corazón valor para condenarme.

—Yo no le condeno á vd., dijo la anciana, le compadezco.

—Y sin embargo, hay dias en que interrogo á mi conciencia, en que me pregunto si yo, miserable criatura, tengo derecho á juzgar á los demás y á mostrarme tan severo.

—Escuche vd. esa voz que viene de arriba, que es la voz de Dios.

—¡Dios que me ha abandonado!... Basta, Magdalena... tengo que trabajar.

—Como vd. quiera, respondió Magdalena.

—Déjame solo.

## IV

Magdalena se fué dando un suspiro, y Carlos se sentó junto á la ventana. Se cruzó de brazos; fijó su mirada en el suelo y pensó.

—¡El trabajo! Sí, este es el refugio donde yo he encontrado mi reposo. Mis libros, mis únicos y leales amigos que me han dado consuelo, la ciencia, que me ha dado sus secretos para combatir la muerte.

Mientras tanto arreció la tormenta: el viento, el trueno y el ruido de las olas no sacaron al médico de su sombría meditacion, y proseguia pensando:

—Rezar... dice Magdalena, como si Dios se acordase de mí... ¡Me ha olvidado!... ¿A qué me he de dirigir yo á él? Todo lo que yo pido, es que me olvide completamente.

En este momento iluminó la sala un refulgente relámpago, que fué seguido de una fuerte detonacion que se perdió prolongándose en la inmensidad del negro espacio. El médico miró al cielo y exclamó:

—Parece que Dios me responde con la voz de la tempestad. Si... la tormenta ruge... compadezco á los pobres navegantes.

Magdalena entró repentinamente.

—¿Qué sucede? dijo Carlos levantándose.

—¡Si vd. supiera! repuso Magdalena poniéndose las manos en la cabeza.

—Lo sabré cuando tú hayas hablado.

—Señorito... viajeros sorprendidos por la tempestad que piden refugio unos cortos instantes.

—¿Cuándo has visto tú que mi puerta se cierre á viajeros desgraciados?

—Es que...

—¡Que entren!

—Es que...

—¡Otra vez! ¡que entren!

—¡Virgen santa, tened misericordia de mí!

—Tu voz tiembla, vacilas, te turbas!...

—Sí, señor, respondió Magdalena bajando los ojos, Carlos se dirige colérico hacia la puerta principal de la sala y ve entrar á Fernando y á Cecilia.

## V

Carlos miró á los recién llegados y quedó como petrificado. Fernando se quitó el sombrero y habló.

—Dispensa, hermano: somos nosotros los que hemos violado tu consigna.